





Lino García Morales

# **Los días y las noches de un instante**

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© Lino García Morales, 2021

© Tomás Sánchez: "Inundación", 1993

Edición e impresión por BoD – Books on Demand

info@bod.com.es – www.bod.com.es

Impreso en Alemania – Printed in Germany

ISBN: 978-8-4137-3037-0

A Hugo, Héctor y Viki,



## **Mariel**

Nombre propio femenino compuesto por María e Isabel.

Municipio de la Provincia de Artemisa en Cuba y nombre del poblado cabecera municipal y de la bahía y puerto; deriva del antiguo cacicazgo aborigen llamado Marien, tributario del cacicazgo de Guaniguanico a la llegada de los españoles.

Puerto desde el que partieron desde Cuba hacia los Estados Unidos de América, más de 125.000 cubanos (aproximadamente el 1,3 % de la población según censo de la Oficina Nacional de Estadísticas cubana); el mayor éxodo de la historia de Cuba, entre el 18 de diciembre de 1979 y el 31 de octubre de 1980. A los inmigrantes o miembros del éxodo se les conoce, de forma despectiva, como “marielitos”.

## **La tripulación no pudo desembarcar debido a la tempestad y el mal tiempo**

–¿Está el gerundio? –antes de contestar, la mujer lo miró en picado de arriba a abajo y de abajo a arriba desde el umbral de la puerta, pero la exageración de luz y calor que entraba desde fuera le hizo desistir de inmediato. No valía la pena expulsar cualquier entusiasmo. «Este no va a cambiar nunca», pensó con malagana.

–Armando –gritó hacia la oscuridad–, te busca el participio –se limitó a avisar sin malgastar siquiera la energía necesaria.

De algún agujero oscuro, silencioso y húmedo pero interior, llegaron ruidos atenuados con forma de acuse de recibo. La mujer no pudo ver la mueca de resignación del chico que aguantaba el castigo del sol con total estoicismo. El muchacho no pudo ver el inexpresivo visaje de hastío de la mujer que aguantaba el castigo de los días con total resignación. Eran solo dos gestos que habían perdido el interés por cualquier otro gesto en una tarde de eterno verano; dos gestos inexpresivos y obstinados condenados por la luminosidad y la oscuridad, el murmullo y el silencio, la monotonía y la incertidumbre. La figura de la mujer desapareció como un eco en el interior segundos antes de que su hijo le alcanzara y chocara una mano de Amado.

–¿Qué tal?



-Ahí... ¿y tú?

-Na' ahí.

-¿Qué le pasa a tu madre?

-¿Que qué le pasa?

-No se, ni me saludó.

-A veces se pone así... Trágica -y quiso decirle, *ya debías saberlo*, pero hacía demasiado calor.

El sol dificultaba la conversación. A finales de julio, principios de agosto, en ocasiones respirar se hace más difícil que sobrevivir al asma; es como hacer inhalaciones de vapor sin agua, ni eucalipto. No era un día fácil. El calendario de la mayoría de las madres depende del día a día de sus hijos. El mayor seguía en la embajada del Perú. Llevaba ya casi seis meses sin saber nada de él, sin poder verle, ni hablarle. Unos agentes del ministerio del interior le habían visitado para informarle que, en breve, regresaría a casa y que tendría que "atenderle", esa fue la palabra que usaron: "atenderle", hasta que le llegase la salida definitiva del país. El menor empezaría a estudiar ingeniería en la ISPJAE, ingeniería electrónica, la carrera más difícil de todas las carreras. Su hijo mayor era listo, duro, hereje, el menor inteligente, blando, iconoclasta; pero ella no podía entenderles. Ella solo sabía que cada uno era de su padre y de ella, que debía quererlos y protegerlos por igual como si ella fuese a la vez su madre y su padre, por mucho que su capacidad de entendimiento se fuera agotando. Los acontecimientos parecían superarle. Nada es como lo había planeado. Nada sucedió como lo había imaginado. Los sueños son solo eso... Sueños, ¿no? ¿A estas alturas qué podía hacer?

Amado la conocía tan bien como ella a él. Armando y él eran como hermanos gemelos. Habían compartido juguetes, pupitre y escuela desde el primer día y ahora estudiarían lo mismo en la universidad. Armando era más hermano de Amado que de su propio hermano. Eso parecía.

-¿Tú crees que lo de tu hermano podría perjudicarte?

—Cualquier cosa puede perjudicarte. Hasta yo podría perjudicarte a ti.

Los dos permanecieron en silencio. A mediodía todo parecía cerrado, inhabitado, clausurado. No debían perder tiempo en llegar al cine Payret para encontrarse con Migdalia y Leda y ver la película rusa: *La tripulación no pudo desembarcar debido a la tempestad y el mal tiempo*. El título era tan largo que en la cartelera solo se podía leer: *La tripulación no pudo...* Sobraba espacio pero, quizá, agregar una palabra más habría sido un desperdicio gramatical. Leída desde los jardines del Capitolio parecía obra de un subversivo: ¿Qué tripulación rusa no pudo? ¿Qué fue lo que no pudo? ¿Qué no pueden los rusos? ¿Sería un mensaje subliminal obra de un sublime enemigo? En cualquier caso, ahí estaba, sin la más mínima influencia y casi todas las funciones vacías.

Desde Casa Blanca hasta el Parque Central hay menos caminos que a Roma así que gerundio y participio optaron en silencio, sin votación previa, sin premeditación, por la lancha a la alternativa de la guagua. Bajaron hasta el embarcadero y entre unos pocos agitando lo que tenían a mano para ahuyentar el calor y refugiándose como podían en la sombra, esperaron que llegara su turno para saltar a la lancha y cruzar la bahía. Hasta los reflejos del sol quemaban, pero la ínfima brisa que se colaba desde fuera entre los atronadores ruidos de la “calenturienta” máquina, amortiguaba la desesperación de no poder quitarse nada para refrescarse.

La bahía es negra, como la desesperación. Negra y espesa. Parece que la barca se mantuviera a flote gracias al chapapote; aunque algunos peces enormes y plateados ofrecen el beneficio de la duda. Nada es absolutamente negro. Ambos piensan en la ínfima intimidad de la privacidad que les es concedida de eso llamado “distancia social”. El viaje dura poco más de un cuarto de hora; al menos eso le parece a Amado, mientras especula con la posibilidad de detener el tiempo en aquella amarra reseca que el ayudante del timonel lanza sobre el enorme noray de hierro fundido. Todo huele a silencio, sabe a silencio; un silencio tostado que duele en los ojos y en la lengua, como el silencio del mar.

La Casa de la Natilla está abierta. A esa hora no hay ni alegría. Al final de la tarde reamanecerá la calle; pero aún se puede disfrutar de su profunda siesta. Se sientan en una mesa redonda, de mármol redondo sobre patas de hierro con garras redondas en el suelo y saborean con tranquilidad el dulce frío y espeso que parece hielo.

-¿Cómo tú crees que va a ser en la Universidad? ¿Nos dejarán juntos o separados?

-¡Y cómo quieres que lo sepa! Ni siquiera sé cuántos seremos.

-Cuarenta. Solo hay cuarenta plazas que dividirán en dos grupos de veinte. Ya me he enterado. Los más buenos, donde estaré yo, y los más malos, donde seguro te ponen a ti - Armando sonrió. Conoce mejor que Amado sus chistes. Malo y bueno. Es lo mismo que nada. Malo y bueno, respecto a qué: a la actitud, a la aptitud, a... -. Oye, ¿tú crees que haya alguna niña buena que estudie ingeniería? La mayoría estudia letras.

-¡Yo qué se! ¿De dónde sacas tú esos datos?

-No sabes nada querido amigo. Y como no lo sabes... no sabes lo que te pierdes. Solo sufre el que sabe.

Amado solo quiere gastar el tiempo. Armando lo sabe. Aún falta una hora para encontrarse con Leda y Migdalia y pasar del calor del trópico al frío glaciario del cine. Amado quiere preguntarle por su hermano, quiere saber cómo lo está pasando, cómo le afecta. No se puede imaginar lo que es tener un hermano porque él es hijo único; mucho menos perderlo teniéndolo, solo por no querer vivir más la vida que ellos viven. Eso supone. No es su amigo porque lo conoce de toda la vida. Sabe que no es delincuente, ni escoria, ni gusano, ni chusma, ni todo eso que repite la gente hasta el cansancio, sin cansarse.

Amado no fue a la “Marcha del Pueblo Combatiente”, aunque tenía que ir, aunque fuera obligatorio ir, aunque podía costarle el ingreso en la Universidad. Se tomó un jarro entero de miel y cogió una diarrea que no tuvieron más remedio que ingresarlo. Fue lo único que se le ocurrió y que nadie más que él entendió. Armando tampoco fue. Amado lo sabe, aunque no debe saberlo. No tuvo ninguna iniciativa. Solo no fue. Más de un millón de personas sí lo hicieron; desfilaron durante casi trece horas y media por la Quinta Avenida cantando himnos, consignas y proclamas y gritando, con la misma entereza, toda clase de improperios. No se atrevió a preguntarle, a sacar el tema siquiera, como ahora no sabe cómo empezar una simple interrogante: «¿Has sabido algo de tu hermano? ¿Cómo te sientes?». Sabe que su hermano sigue vivo. Sabe que, para él, por muy contrarrevolucionario que sea o quieren que sea, siempre será su hermano y nunca morirá por sus ideas políticas, ni por su ideología; pero no sabe cómo empezar. En la escuela no te preparan para ese tipo de cosas; al contrario.

Unos diez días antes de la “Marcha”, el Gramma dejó claro que cualquier persona relacionada con los hechos ocurridos en las embajadas de Venezuela y Perú, era escoria, mierda, antisocial; peor que su diarrea, más apestosa, más espesa, más individualista... Ese día publicaron:

... elementos gansteriles comenzaron a elaborar planes para secuestrar al Embajador de España e incluso planes para penetrar por la fuerza y ocupar la oficina de intereses de Estados Unidos.

Parecía que aquel hecho, en el cual tres personas habían matado o provocado la muerte al custodio del recinto en su violenta ocupación, había traspasado la gravedad del delito a todos los que aprovecharon el vacío que se produjo para pedir asilo y protección. El hermano de Armando, para la sociedad, debía convertirse en una especie de asesino, de cómplice, de carroña, de residuo humano; de alguien que no merece más pisar el suelo donde nació o comer lo que produce la tierra.

Esa conversación quedó colgada en algún tendedero para que se secase, pero nunca pasó. Armando quiere decirle que su hermano volverá y permanecerá en su casa hasta que le den el permiso de salida del país, que su madre y él deberían “atenderle”; pero ningún minuto del día, ni lugar, ni conversación, parece oportuna. Así que los dos piensan en lo mismo sin saberlo mientras una viejecita muy arrugada y peor vestida pasa con un perro atado de una soga por el cuello, delante de su mesa. El perro la frena para hacer sus necesidades. Después, continúan su camino sin recoger los excrementos. «¡Qué cochinado!», piensa Armando, pero no lo dice. Otra vez, sin mediar palabra, se levantan y andan calle Obispo arriba. Esa calle nunca duerme. Siempre gente por todas partes, yendo, viniendo, haciendo cola, esperando... nunca se sabe. Siempre mezcla de bullicio, algarabía, música y ruido. Siempre sudor, perfume, desparpajo, perros. Pero a esta hora empieza a desperezarse.

Suben sin prestar atención a nadie. Nadie les presta atención a ellos. Suben por el medio de la calle; evitando las aceras y el tumulto, evitando a los que vienen en sentido contrario y a los que parece que les adelantan con más prisa. “Por Perú hicimos nosotros cien mil donaciones de sangre cuando el terremoto de 1970, pero no estamos dispuestos a ofrendar impunemente la sangre de un solo soldado para proteger infames delincuentes. ¡Esta es la posición de Cuba!”, así terminaba el editorial de ese 7 de abril. Amado siente escalofríos. No quisiera estar en el pellejo de su amigo.

—¿A qué hora quedaste con Leda? —pregunta para cambiar de pensamiento, para escapar como puede de...

—En quince minutos... en la esquina del Gran Teatro.

—¿Por qué no quedaste directamente en la puerta del cine?

—Porque en la esquina no habrá nadie y hay sombra y en el cine puede que sí.

Amado no dijo nada más; en definitiva, ya había hablado bastante de más: todo innecesario y superfluo. Migdalia, su prima, iría con ella; en eso habían quedado. Nada más atravesar el Parque Central pudo verla. Llevaba un vestido de flores vaporoso.

–Ahí está tu novio.

## Una historia de fantasmas

Cuando alguien muere, la red social Telegram sustituye la foto de perfil por la imagen de un fantasma blanco sobre fondo gris. Telegram asume que, si en tres meses no has abierto el programa, estás muerto; que esa masa corpórea, que se registró un día a través de sus dedos e interactuó con otras a través de un avatar, ha abandonado a su espíritu y es ahora esa figuración incorpórea, etérea, irreal, quien le representa: un icono de una fantasmilla blanca sobre fondo gris claro. Para Telegram estar muerto es sinónimo de “cuenta eliminada” o viceversa. Pero esa simple visión, esa simulación de una manifestación, sugiere también cierta posibilidad mística en forma de texto, imagen o vídeo, aparecido; sugiere una epifanía. Sugiere que, de la misma manera que apareció, desaparezca, y regrese la imagen desaparecida con todo lo que eso significa. Sugiere.

María, tú ya no estás amor mío. No estarás nunca más. Por más que crea, por más que mendigue, por más que pague. Detrás de ese monigote que custodia el reino que construimos sin querer, solo hay una lista enorme, intensa, mágica, de cientos, quizá miles, de mensajes, emoticonos, fotos, vídeos y confesiones. Son las ruinas intactas de lo que fue nuestro imperio; es todo lo que quedó.

¿Quién sabe cuántos meses más aguantará? ¿Quién sabe en qué momento Telegram decida reutilizar ese espacio ocupado y vaciarlo con un solo clic para que otros lo inunden con su bazofia? No habrá epifanía. No hace falta ser marxista para saberlo. No debe haberla.

“Un escritor escribe una novela. Un músico escribe una canción. Hacemos lo que podemos para perdurar. Construimos nuestro legado pieza por pieza y quizá todo el mundo te recuerde o quizá solo algunas personas, pero haces lo posible para asegurarte de seguir por ahí después de que te hayas ido”, dice un personaje secundario de la película *Una historia de fantasmas*. Quizá solo quede algo, de alguien, cuando la gente note más su ausencia que la presencia de otros. Tú también lo dijiste María, aunque no con esas mismas palabras; porque casi nadie quiere irse del todo. No querías ser olvidada y no queríamos olvidarte. No querías desaparecer y no quería que desaparecieras. Sucederá, sin duda. El tiempo es enorme... y breve; el tiempo compuesto de muchos instantes que parece uno. Todos desaparecemos. Lo sabías. Lo sé. Todo desaparece. Todo desaparecerá cuando desaparezcan los que te conocimos, los que te quisimos, los que tuvimos la suerte de disfrutar de tu presencia y extrañar tus ausencias. Por ahora, María, se nota más tu ausencia que la presencia de muchos otros. Por ahora, me llena un enorme vacío, tan pesado como el tiempo, tan oscuro como la melancolía; el mismo que a ese fantasma transparente sobre fondo gris claro. Yo hago lo que puedo para perdurar.

Aún no se si he terminado de pintar tu retrato; casi de tamaño real; algo a medias entre una “maja desnuda” y “el origen del mundo”. «Ni siquiera te dejé verlo después de aquella primera vez. ¡Qué mala gente!». Mi maja no tiene un trasfondo mítico o religioso; solo una atmósfera de amor, de idealismo, de victoria, de indefinición.



Aunque no lo parezca, no es un retrato de tu cuerpo, sino de tu alma. «Demasiado pretencioso, si. Qué importa». Como la desesperación y el amor, no tiene rostro. No hace falta. Como el deseo y el ardor tiene sexo; tampoco hace falta. No es un cuadro inacabado por eso. No tiene la pretensión de herir, ni de amputar, ni de fardar. Es solo un intento torpe de pintar tu magia, de sugerir tu sensibilidad, de consumir tu belleza irretratable, de reflejar algo que no alcanzo a describir. Un pintor no escribe un cuadro. Un pintor pinta porque no sabe escribir. Traza imágenes que lo dicen y ocultan todo. Yo solo pinté un retrato condenado a la indeterminación, a la imaginación, a no dejarte ir, a no dejarte terminar. Quiero que perdures. Por ahora, mientras descubro si falta una pieza o ya están todas, es un humilde y pretencioso retrato que solo yo puedo contemplar en todas sus dimensiones; que no son todas tus dimensiones. Lo completo solo puede ser incompleto. El vacío solo es otra pieza. Lo sabes. Lo sé.

Puedo dibujar cada uno de tus gestos en mi cabeza. Puedo sentir cada uno de sus significados. Puedo volverte a vivir de alguna manera simbólica, incorpórea, etérea, irreal. Pero no puedo detener esa experiencia en solo dos dimensiones. No pasa inadvertido a cualquier visita que recibo en mi estudio. ¿Quién es? ¿Por qué apenas tiene rostro? A ese cuerpo tan suave, tan voluptuoso, debe corresponderle una cara excepcional. Tú, mi maja-origen..., sigues despertando seducciones secretas, ocultas, inalcanzables; incluso para los que te conocieron. Tú, mi origen del mundo..., sigues provocando, desarmando, alterando; incluso en los más castos. Solo yo puedo disfrutarlas. Solo yo, puedo sentir, una y otra vez, toda tu fertilidad.

A veces pienso que debería convertirme en un puzle; en un puzle que, como a uno de Van Gogh o de Cervantes, siempre le faltarían piezas, pero dificultaría el olvido. Si... tus piezas deberían pasar por muchas manos, ojos y cabezas, por muchas salas y libros, por muchas lenguas y revistas, pero me resisto a dejarte ir, para poder ser.

Soy egoísta. He podido exponerte, venderte o prestarte y ahí estás. Puedo desayunar, comer y cenar contemplándote, imaginándote. Puedo jugar a los viejos tiempos. ¿Te acuerdas? A mi hijo también le gustas. Apenas viene por aquí, pero nunca pasas inadvertida. Hoy te vio y dijo: *¡Qué a-gusticidad!*, y, aunque no soy capaz de comprender la dimensión de sus palabros, lo dijo con armonía. Eres casi de tamaño real, de color real, de forma real. Él no te re-conoce. Para él quizá se trate de una modelo más; pero no puedo saberlo. Es imposible saberlo. Él no me ve llorar, ni sufrir, ni extrañar. Para él, el cambio más relevante de estos últimos tres años es la posesión de un súper teléfono donde puede ordenarle a Siri que escriba sus poemas.

*No lejos de casa hay un centro comercial japonés, exquisito en todo lo que puede ser ese país de exquisito. Mitsuwa se llama. Pues una vez en una de sus tiendas vi cómo un muchacho japonés con evidente Síndrome de Down se paró frente a una columna cubierta con espejos. Estuvo examinando su propio reflejo en el cristal por unos instantes para a continuación soltarle con todo el desprecio de que era capaz:*

*-You are Chinese, I'm Japanese!*

*Hay gente que no me cree cuando se lo cuento, pero por mucho que me esforzara nunca habría dado con metáfora más perfecta del racismo.*

*Enrique del Risco*

El fascismo no es puro. El nazismo, por ejemplo, escribe Umberto Eco en su libro *Contra el fascismo*, no es el fascismo falangista hipercatólico de la España de Franco; el nazismo es, en lo fundamental, pagano, politeísta y anticristiano. Sin embargo, explica Eco, "el término «fascismo» se adapta a todo porque es posible eliminar de un régimen fascista uno o más aspectos y siempre podremos reconocerlo como fascista". Estos aspectos comunes a todos los fascismos, conforma lo que Eco prefiere denominar «ur-fascismo» o «fascismo eterno». Un concepto que, aunque no llega a ser un sistema, ilustra cualquier tipo de despotismo o fanatismo.

Basta con que alguna de sus características esté presente para crear una «nebulosa fascista»; con independencia de que sea de izquierda o de derecha.

Esta nebulosa fascista es como una lluvia inminente, un chaparrón que puede caer en cualquier momento por mucho que las nubes parezcan inocuas, una amenaza que exige de una alerta continua, permanente, paranoica; el fanatismo tiene un grave peligro: basta con que un tres o un cuatro por ciento de la población mantenga sus preferencias con cierto nivel de intolerancia para que toda la sociedad acabe por someterse a esas preferencias. Las ideas, pensaba Karl Popper, son como los hongos; de hecho, Popper llegó a decir que no eran las personas las que tenían las ideas, sino las ideas a las personas. Una vez implantadas, estamos perdidos; ningún camino llegará a Roma, la nebulosa fascista habrá precipitado con toda su fuerza y brutalidad.

Eco explica esa «nebulosa fascista» con la misma teoría que Ludwig Wittgenstein aplicaba al juego. “Se puede jugar al fascismo de muchas maneras y el nombre del juego no cambia”. Las actividades de los juegos se parecen tanto como los aspectos del fascismo; resultan familiares. Eco usó el siguiente ejemplo para demostrarlo:

Supongamos que existe una serie de grupos políticos. El grupo 1 se caracteriza por los aspectos *abc*; el grupo, 2 por los *bcd*, etcétera [3 por los *cde* y 4 por los *def*. El 2 se parece al 1 en cuanto que comparten dos aspectos. El 3 se parece al 2, y el 4 se parece al 3 por la misma razón. Nótese que el 3 también se parece al 1 (tienen en común el aspecto *c*). El caso más curioso es el del 4, obviamente parecido al 3 y al 2, pero sin ninguna característica en común con el 1. Sin embargo, en razón de la serie ininterrumpida de parecidos decrecientes entre el 1 y el 4, sigue habiendo, por una especie de transitividad ilusoria, un aire de familia entre el 1 y el 4.

Esa “transitividad ilusoria” es lo que alimenta la nebulosa fascista, el aire que, cuando no despeja, cuando es persistente, provoca la lluvia. La “dictadura de la pequeña minoría”, como le llama Nassim Nicholas Taleb a esa pequeña minoría intransigente, intolerante, inflexible, desequilibrada, fanática, es esa nebulosa fascista y sus ideas (muchas veces no llegan a formar siquiera una ideología), los hongos de Popper, las características en común del fascismo eterno, difuso, impuro, letal.

El peligro del ur-fascismo es la ausencia de paranoia de la mayoría transigente, tolerante, flexible, equilibrada, moderada y la constatación de que, en realidad, este fenómeno, es una consecuencia inevitable de la existencia de sistemas complejos; sistemas donde son más importantes las relaciones entre las partes que las partes mismas y, por lo tanto, se comportan de manera no prevista por sus partes. Esta “consecuencia” se puede explicar matemáticamente y es una reformulación de la teoría sociológica de la “fuerza de los lazos débiles” de Mark S. Granovetter. Para que ocurra el desastre tienen que darse dos condiciones. La primera es que la minoría tiene que estar distribuida uniformemente por el conjunto del territorio. La segunda es que los costos asociados a la práctica minoritaria no sean muy altos.

Dicho de otra manera, si los fanáticos viven en guetos y sus reivindicaciones son excesivamente caras, la mayoría no cederá; es decir, se asume que siempre hubo, hay y habrá, minorías fanáticas dispersas en esa nebulosa fascista y, de lo que se trata no es de eliminarlas, sino de evitar que cambien de juego. La cuantificación experimental del tamaño de esa minoría para alcanzar un cambio social se estima en un 25% de la población (algo más de la estimación intuitiva de Taleb).

Hace mucho tiempo que Ariel dejó Cuba atrás. Dejó, como muy pocos cubanos, a su familia, a sus amigos, a su historia, a su vida; la mayoría cargó lo que pudo de su familia, lo que consiguió de sus amigos, arrastró su pasado y convirtió su vida en una lucha continua contra el tiempo y el espacio. Ariel no dejó la isla. No pudo. Una parte de la isla sigue allí donde estuvo, donde estaba y donde parece seguirá estando, incluso con casi los mismos con que la dejó en el poder ejecutivo, legislativo y judicial. El poder sigue en manos de los mismos, los de siempre, por muy seniles que estén; perdurando como un solo poder indivisible, sordo y ciego (mudo no), el del partido comunista. La otra parte restante sigue con él, a veces pesando, haciendo bulto, a veces estorbando, lastrando. Es difícil dejar la isla, sino imposible. La isla acosa detrás de muchas cosas como la identidad, el lugar de nacimiento, la ciudadanía, la cultura, etc.; jamás te abandona del todo; aunque quisieras, aunque no se mueva, aunque parezca inanimada.

Ariel es escritor en un país donde la nebulosa fascista amenaza con resucitar todos los días, un país que no enterró a sus muertos como es debido y vive asediado por sus fantasmas pero un país que, pese a todo y a diferencia del suyo, le ha permitido ser como quiere ser, vivir como quiere vivir escribir lo que quiere escribir; relatos más extensos que breves, a medias entre la novela y el tratado, algo, simplemente, a medias; que trate de lo que no está en un lado, ni el otro, sino en medio, dispuesto a servir de puente, de canal, de cable; algo impuro. Quizá esa sea la mejor definición. Eso que, por no ser puro, suele confundirse con términos como contaminación, suciedad, vicio, impudicia. Algo que, por no ser bueno, se considera malo.

La lengua es impura. Las palabras adquieren connotaciones que no tenían; como las incrustaciones que degradan la pureza, la pulcritud, la limpieza. La «neolengua» parece pura.

Ariel lo sabe. La neolengua era la lengua oficial de Socing de Orwell en 1984.

Él también habló una lengua basada en un léxico pobre y una sintaxis elemental; antes de dejar atrás a su familia, amigos, historia y vida. Con esa ínfima cantidad de palabras, de las cuales la mayoría eran “malas palabras”, ofensivas, peyorativas, descalificativas, es imposible razonar, no ya de forma compleja y crítica, sino razonar, a secas. El lenguaje es un instrumento peligroso; para bien y para mal. La manipulación del lenguaje puede convertir una palabra inocua en una ofensa, una palabra aberrante e indigna en un sello de dignidad y heroicidad, alterando, simplemente, la percepción del mensaje. Ariel supo en carne propia que “gusano” era mucho más impuro que gusano, que “contrarrevolucionario” era mucho más que contrarrevolucionario; supo incluso que “contrarrevolucionario” era justo lo contrario de contrarrevolucionario, era revolucionario. La lengua pervierte. Ariel supo que pensar era más que “pensar”; aunque eso le llevara a convertirse en “gusano”, inadaptado, escoria, lumpen, contrarrevolucionario. Ariel lo intenta; intenta revertir el significado de las palabras, intenta devolverles su dignidad, intenta unir la palabra a su significado primigenio, intenta reescribir la historia que fabricó el Ministerio de la Verdad: una minoría de funcionarios ideológicos persistentes y agresivos, intransigentes, intolerantes, inflexibles, desequilibrados, fanáticos distribuidos uniformemente por todo el territorio, una dictadura que consiguió apropiarse de la isla, del individuo y de la palabra y monopolizar un «fascismo eterno», difuso, impuro y letal.

Ariel lo sabe, lo sufre, le perturba y, cuando no puede más, levanta el teléfono y marca un número; pero nadie contesta. Suena, suena y suena, pero nadie contesta.

## Moscú no cree en lágrimas

El chiste del “novio” no solo no tenía gracia, sino que, en boca de Amado, asustaba. Leda se cortaba el pelo y se peinaba como un hombre, se vestía como un hombre, se comportaba como un hombre, pero era mujer y era, además, la novia de Armando. Juntos, colocados uno al lado del otro, parecía que Armando fuera la novia y Leda el novio. Armando era mucho más delicado, sofisticado, presumido y amanerado; como si en esta relación él fuese el participio y Leda el gerundio. «Leda es atleta», fue su primera justificación ante el asombro de su amigo Amado; pero lo cierto es que él no exigía ninguna explicación. Solo era falta de costumbre o, más bien exceso, de costumbre. Leda llegó nadando a la pequeña charca de su príncipe rana y se encontró con un sapo extra; pero era muy simpática y divertida, mucho más que su compromiso, con un humor irónico y refinado que no se ajustaba del todo a su anatomía y, lo más importante, vivía puerta con puerta con una prima hecha a la medida de Amado. Fue tan perfecto el azar, que formaron un cuarteto armonioso. Mejor salir cuatro, que dos o, mucho peor, tres. Formaron una célula que podía dividirse a la mitad y mutar, sin peligro de un desastre biológico e incluso quizá, en un futuro... multiplicarse. Eso es la sociedad, en definitiva, a pequeña escala. *Los estereotipos son los estereotipos*, fue la media disculpa de Amado.



Armando lo sabe, mejor que Amado. Ser diferente suele ser más sencillo que aceptarlo y lanzarte a nadar en el mar de los estereotipos.

Leda casi alza en peso a Armando. Migdalia le come los labios a Amado. Las dos están listas para la fiesta de cine ruso. ¿Por qué esa manía de cine soviético? Como casi todas las preguntas, esta también admite varias respuestas. Uno... es de lo que más "echan" en los cines. Dos... muchas están bien; algunas, incluso, muy bien. Tres... va poca gente, poquísima. Para los cuatro significa poder elegir y no ser interrumpidos por nada, ni por nadie. El cine de las nueve musas de las artes grecorromanas es soberbio. Todas ellas, junto a la escultura *La ilusión*, que decora el vestíbulo, pertenecen a Rita Longa. Ellos no lo saben, pero lo disfrutan; les gusta el frío, la atenuación paulatina de las luces hasta alcanzar la oscuridad, la enorme pantalla y también, la aún mayor soledad negra y apagada.

El cine está vacío. Para el primer pase apenas hay espectadores, para esa película menos. Armando y Leda se sientan en el centro: la mitad de las filas, la mitad de la hilera de asientos central. Amado y Migdalia se sientan a un lado, pegados a la pared izquierda. No tienen la más mínima intención de ver la película. Ellos han ido a repasarse. Es como si hubiesen pagado un peso cada uno para disfrutar de casi tres horas de intimidad relativa en un hotel de lujo sin cama, ni ducha.

Apenas se escuchan los primeros diálogos en ruso se besan, un beso que dura más que toda la introducción del filme. Se tocan, se acarician. Primero el cuello, los senos, los brazos, las piernas, las rodillas, los muslos. No tienen prisa. El vestido va subiendo sin resistencia. Por eso lo lleva a cada sesión de cine русский (*russkiy*). A mitad de película, las manos de Amado acarician por encima de los blúmeres de Migdalia su sexo esponjoso y cálido. Quiere jadear, pero no puede; podrían escucharla y expulsarlos del cine. Amado podría pensar que es una cualquiera.

Tiene ganas de abrir las piernas como unas ventanas y restregarle la cara en su pubis hasta que la rape, hasta que se sacie, pero en ese momento, en ese mismísimo momento en que Amado introduce la punta de los dedos en su vagina, ni siquiera imagina dónde dirá que no y hasta dónde dará por hecho que sí y suda para no ceder a venirse y teme por no poder hacerlo. Cada vez puede coordinar menos. Sus manos se resisten a cogerle la verga. No sabe cuál es el momento oportuno. Quiere seguir disfrutando, pero no quiere ser egoísta. Sus dedos se debaten entre agarrarlo, hincarle las uñas, detenerle o empujarlo hacia dentro. Amado sigue con presteza. Está completamente empapada. Se imagina que si pulsa en el clítoris saldrá un chorro del que podría beber a un metro de distancia. Su lengua sigue en la suya y la suya en la de él; dentro, fuera, en la cara, en el cuello.

Amado teme desabrocharse la portañuela. No quiere asustarla y que se acabe la fiesta pero, si todo sigue igual, terminará por dolerle de muerte. Ya le duele y le late y le tiembla y también suda, como si el sudor pudiese engañar a alguien que no fuera a él mismo. Migdalia tiene unos espasmos. Le agarra la mano y la empuja como una cuchara en una boca enorme. Se muerde los labios. Le sangran. Amado los lame. Es ella la que libera su verga y la acaricia suavemente. Aún queda mucha película, aunque no sepan cuánta. Con las películas rusas nunca se sabe. En cualquier momento puede aparecer la cartela: конец. Las películas rusas son como un coitus interruptus. Pueden acabar en el mejor momento o pueden durar hasta que la muerte nos separe. Migdalia la sacude con más fuerza, con más prisa, pero no quiere que Amado abandone su cuerpo. Desearía ponerse a horcajadas sobre él. El vestido la cubriría lo suficiente, más que suficiente, pero el acomodador la vería. Nadie ve una película mirando hacia atrás. Seguro ya los ha visto y disfruta de la fiesta sin acercarse demasiado, pero no es buena idea. El escándalo público es delito y está castigado por la ley, no solo al escarnio.

Migdalia piensa agacharse un poco y metérsela en la boca, pero es arriesgado. ¿Qué puede pensar Amado? Nunca lo ha hecho. Llevan así casi desde lo de la embajada, pero de sexo explícito... nada de nada. Quieren ir despacio porque piensan que así llegarán más lejos. Fingen desesperados que no tienen prisa. Es como si masturbarse poco a poco les hiciera más castos o más puros o más decentes. Los estereotipos del sexo son largos y anchos y viejos. Amado podría sostener la fila de butacas entera sobre su viga de hierro sin doblarse. Es más duro que el aluminio de las sillas, que el fémur de un elefante, pero es aún más duro para escupir el caldo que bulle dentro. Cierra los ojos para concentrarse en esa única parte de toda su envergadura y nada. Migdalia empieza a desesperarse. Su mano izquierda se entume. En la película, unos viajeros con trajes de rayas azules y blancas discuten por algo. En realidad, son marineros. Parecen decirle a Amado: *Vamos hombre, es hora de atracar*. Amado sigue hurgando en su piscina privada. Sabe que ya Migdalia no le detendrá. A veces se detiene. Su mano se detiene y se mueve hacia delante y hacia detrás entre breves y contagiosas sacudidas. Pero Amado sigue en las mismas.

Migdalia busca con su mirada, sin que Amado lo note, las cabezas de Armando y Leda en medio del medio del cine. Parecen hipnotizados. Las dos cabezas erguidas y firmes mirando la pantalla. Supone que los ojos ni parpadean. Sacude aún más. Tiene calambres en los dos brazos. Amado parece que ya no puede más cuando suena una canción popular rusa y cantan todos en el barco. Medio minuto más tarde aparece la palabra prohibida, terrible, asesina: конец. Amado sale corriendo y Migdalia ni siquiera sabe si lleva aquella cosa fuera o le ha dado tiempo a guardarla. Desaparece antes de que las luces brillen suavemente hasta iluminar todo el recinto. Migdalia se plancha el vestido con las manos y sale al pasillo a encontrarse con su prima y su cuñado-primo. Preguntan por Amado con gestos.

*Ha tenido que ir al baño*, justifica Migdalia con la cara muy roja, como si fuera un crimen perderse el gran final. Le esperan junto a “La ilusión”.

Amado aparece cinco minutos más tarde mojado, sonrojado y re peinado.

–¿Qué tal participio? –preguntó Armando para ponerlo en un aprieto–. ¿Te gustó?

–Mucho –mintió con toda la verdad y rogó porque no lo apretara más, aunque sabía que no lo iba a hacer. Mentir tiene muchos sinónimos y ningún antónimo; como si no tuviese rival. Para “decir la verdad” es necesario, casi, usar una frase; es como si tuviese resistencia. Jamás, pasase lo que pasase, ninguno pondría en un apuro al otro. Era como un gran secreto oculto, un pacto sagrado. No lo habían jurado porque no hacía falta. Siempre fue así y así debería seguir. Eso pensaban. Como cuando sale el sol y desaparece, quieras o no.

–Bueno... ¿Cuál es la próxima?

–Moscú no cree en lágrimas –respondió Migdalia mientras el calor del exterior les devolvía a la realidad–; acaban de echarla.

–¿Adónde vamos? –preguntó Leda–. ¿Al Morro o al Malecón?

–Yo tengo sed –dijo Migdalia y en esa simple frase todos entendieron que quería beber algo primero y después elegir entre Morro o Malecón.

–Vamos bajando por Obispo hasta por allá abajo... y ya nos echamos algo donde sea... A diez de últimas nos queda la Casa del Agua.

Nadie puso objeción a Leda. Ella le pasó el brazo por encima a Armando; él por abajo, y echaron a andar. Migdalia miró con cara de interrogación, pero sabía la respuesta. Su intención era sonrojarlo. Se enredaron con ambos brazos y continuaron la comparsa pa’ abajo. Lo hacían a menudo. Eran una de las pocas cosas que podían hacer, que se podían permitir.

A esa hora la calle era otra cosa: un hervidero de gente pa' arriba y pa' bajo sin vicio, ni beneficio. Siempre fue así. La Habana es así: bulliciosa, bullanguera, pendenciera. Leda y Armando van delante. Parece que hablan de la película. Siempre se miran a la cara, sonríen. Parecen felices. Migdalia y Amado van detrás pensando en otra cosa. En una cama, tal vez. Pueden ver cómo la gente sobrepasa a la pareja desapareja y luego se voltean para mirarlos. Ni siquiera "embarajan". Lo hacen sin pudor de ser vistos; como un perro cuando huele un hueso o a una hembra en celo. Ellos lo saben, aunque aparentan no saberlo; aunque da la sensación de no importarles; aunque parece que juntos importa menos.

Se meten en una cafetería. Hay limonada. Migdalia y Armando piden una. Leda y Amado un daiquiri. La deportista lo pide sin azúcar, como Hemingway. El hielo no es abundante, pero es suficiente. Leda quiere otra, pero el resto la convence... *luego*. Acepta y continúan la marcha hasta el Palacio de los Capitanes Generales, atraviesan la Plaza de Armas y llegan al Castillo de la Real Fuerza. Se sientan en el muro. Ahora corre un poco más de aire. Según Armando es el castillo más antiguo de América. Según Migdalia, el lugar donde había sido construido no era, con precisión, idóneo. Desde allí no podrían alcanzar ni un solo barco. «Peor es El Castillo de la Real Fuerza», piensa Amado. *¿Lo vemos?*, propone sin éxito. Nadie, ni siquiera él mismo, se mueve. Leda observa que el mezclador de plástico del daiquiri tiene la misma figura que corona la torre.

—Es la Giraldilla —dice Armando—, la eterna amante que sigue a la espera de su amante a pesar de que sabe que nunca va a regresar —Todos le miran, pero nadie opina, ni siquiera él mismo. Desde allí se puede ver cualquier barco entrar o salir, pero ningún barco entra o sale. Amado le indica a Migdalia hacia donde está su casa, aunque ella ya lo sabe.

–Un día tienes que ir –le invita y le mira con tal intensidad que su saya se levanta y tiene que agarrarla para censurar sus encantos.

–¿Y ese aire? –comenta Leda–. Seguro que va a llover.

El cielo cargado de nubes blancas no supone una amenaza, pero todos saben de sus traiciones. Te confías y en cuanto menos lo imaginas, cae sobre ti con una fuerza sobrenatural, con rayos, truenos, fuertes rachas de viento y ninguna consideración. Parece que lo hace para recordar que puede hacerlo porque dura lo justo. Igual que llega se va y todo parece volver a una inquietante normalidad en la que el tiempo parece colgado de un viejo balcón esperando a pararse y el sol se reparte a buchitos por el colador de las, en apariencia, pacíficas nubes. Los cuatro salen andando. La depuración debe cogerles bajo techo. Caminan hacia la Alameda de Paula por los soportales; muchos en peligro de derrumbe. «¿Cuándo piensan arreglar esto?», piensan todos, pero nadie tiene respuesta, ni siquiera palabras. Solo confían en que algún día lo harán, que no pueden dejarlo así.

La Habana tampoco cree en lágrimas, aunque aún no lo saben. Lo de la embajada del Perú ha desplegado un pliegue de la naturaleza “revolucionaria” hasta entonces desconocido; al menos por ellos. Como si se hubiera abierto una herida y el pus estuviera ahí desde mucho antes. Ellos son de la generación que lo debe todo, que debe estar dispuesta a pagar por todo lo que debe, eternamente agradecida y bendecida por un dios ateo.

Leda y Migdalia no saben que el hermano de Armando se ha metido en la embajada, ni siquiera saben que tiene un hermano y, como está a punto de perderlo, quizá se mueran creyendo que es hijo único. Las dos fueron a la manifestación. Las dos gritaron consignas y agitaron banderitas. Allí nadie reparó en Leda. Iba con otras atletas como ella. Juntas parecían otra cosa muy distinta a separadas.

Juntas pertenecían al glorioso equipo juvenil nacional que defendería los colores de la bandera en alguna olimpiada. Juntas eran un peligro para los contrarrevolucionarios. Podrían hacer daño físico, grave, traumático. Migdalia fue con sus amigas de la Lenin. Algunas estudiaban en la Escuela Vocacional no porque fueran cerebritos, como Migdalia, sino por ser hijas de altos cargos del Partido. Ellas gritaron más fuerte que el resto de las becarias que llevaron hasta allí para gritar. Ninguna supo quien estaba dentro, menos quien sigue dentro. En ese momento histórico todas piensan que son lo peor, quizá gente que debería estar en la cárcel; gente desafecta, parásita, inmoral. Gritan en distintos tramos de la larguísima cola con tal sincronización, que estremecen la quinta avenida, donde una vez vivió la gente más rica de La Habana. Gritan con fuerza, con rabia, con pasión, porque la calle es suya y pueden gritar lo que quieren. Gritan sin saber que gente muy cercana puede estar escuchándola. Gritan hasta quedarse sin voz. Ya ni siquiera recuerdan que les ordenaron gritar. Gritan por placer.

El tema está vetado en este pequeño embrión de sociedad cuaternaria. Cuando algún fleco del discurso se suelta, Amado se apresura a zurcirlo. Para qué hablar de aquello cuando pueden hablar de películas rusas. Para qué hablar del presente cuando pueden hablar del futuro.

Armando está confundido. Sabe mejor que nadie, que su hermano no es la carroña que parece. Sabe lo que es la escoria; abunda en todas partes. Sabe que no es un parásito inmoral. Lo que no sabe, lo que se pregunta todos los días, es por qué es un desafecto. Eso no lo sabe y quizá no se atreva a preguntárselo cuando llegue a casa. Tampoco sabe cómo deberá comportarse. ¿Como si no hubiese ocurrido? ¿Como si fuese irrelevante? ¿Como si no le importase? Siente que la vida es mucho más compleja de lo que suponía.

Migdalia y Leda bromean y sonrían con Amado, pero Armando piensa en aquella tripulación con camisetas de rayas azules y blancas, dispuesta a sacrificar a un marinero por el bien del resto, y no le entiende; como tampoco entiende por qué solo él no lo entiende.

Justo cuando cruzan por delante del edificio de transporte marítimo y puertos la lluvia se desata. Estaban avisados. El diluvio les cae encima de golpe, los empapa por todas partes. Es lo más parecido a bucear en una piscina que repone el agua a la misma velocidad que cae. La ropa se pega. Las chicas se abrazan ellas mismas para no mostrar los pezones ateridos. Los chicos no tienen nada que ocultar. No tienen con qué secarse, salvo con el vapor que desprende la calle y el aire que parece más frío.

–Vamo’ echando –ordena Leda. Viven cerca, en Centro Habana. Solo un poco después del *Ten Cent* de Galiano que ya desde el 59 dejó de ser *Ten Cent*–. No nos acompañen. No hace falta.

Se despiden apresuradamente y tuercen hacia el Parque Central con toda la prisa que pueden. Todos los caminos llegan al Parque Central. Armando y Amado regresan hasta el embarcadero de la lanchita para regresar a Casa Blanca. El Cristo de La Habana, El Sagrado Corazón de Jesús, les vigila. No hizo nada por Batista; tampoco por Fidel y mucho menos hará por su hermano; por mucho que su madre le implore todos los días. Pero ahí sigue.



## El asalto

Nunca fui valiente; al contrario. Lo sé.

–Me voy a matar –sentenciaste. No fue una confesión, fue una desvelación, un descuido, un abandono–. Quiero ahorrarles el sufrimiento a todos. A ti también –repetiste, María, y yo no respondí porque no era una amenaza, ni una bravuconería–; pero, sobre todo a Miguel.

Era la anunciación de una tragedia irremediable; de un acto que no tenía eco en toda mi experiencia. Pero se te olvidó. Se te olvidó. No te arrepentiste. Seguro. Eras limpia y terca. La enfermedad se te adelantó y destrozó esa parte de tu cerebro donde guardaste la orden de tu asesinato. Se borró.

Me usaste como si fuera un buzón de voz. Sabía que tu enfermedad te podía jugar una mala pasada. Podías decir palabras y frases comprometedoras, destructoras, aniquiladoras. ¿Quién sabe? Frases sin contexto, mal interpretadas, delirantes, hirientes. Sin embargo, se te olvidó. Días después, en uno de esos momentos cada vez más escasos de lucidez, preguntaste:

–¿Qué es eso tan importante que te supliqué que me recordaras? –No fui capaz de cumplir mi promesa.

–Me dijiste que te recordara lo importante que eres para mí –mentí y tu sonreíste ocupando toda la pantalla agradecida y dijiste:

–Yo también.

Eso lo recuerdo perfectamente. No creo que pueda olvidarlo. «La verdad está sobrevalorada». Eso pensé y me sentí mal porque una cosa es verdad o no lo es. La verdad a medias no es verdad. En la verdad no existe un punto de equilibrio, sino de piedad, de compasión, de suficiencia.

Yo nunca fui valiente María. Tú tampoco. Tú rozabas la temeridad y yo la cobardía. La valentía es ese punto de equilibrio entre la cobardía y la temeridad. Apenas tenía noticias tuyas, ya no escribías; en mi desesperación llamé a Miguel. *Mal, muy mal, dijo, ayer fuimos a ver qué decidía su médico. Dijo que no podían hacer nada más. La desahució, pero ella no se enteró. Estaba dormida.* Ese verano escapé a Miami. Coloqué a mi hijo con sus abuelos y escapé para no verte morir. Habías perdido las palabras. Habías perdido los movimientos. Habías perdido la conciencia. Ya solo quedaba dolor; espera y dolor. Como dijera Reinaldo Arenas, salí huyéndome, no huyéndote. No hay mejor forma de encontrarse que escapar. Me engañé. No hay manera de librarse de uno mismo. Ni siquiera de la sombra que proyectas cuando te da la luz. Jamás se puede huir de sí mismo. Jamás se puede huir del dolor y de la espera.

En Miami me asaltaron. Un tipo me colocó una pistola en la cabeza en pleno día. Nunca había visto una, solo en películas, pero sentí su letalidad fría y humeante en la nuca; lo que era y lo que podía ser. Por un momento creí entenderte, creí sentir lo que sentías. Si ese tipo me hubiera dado a escoger habría preferido apretar el gatillo, dominar el instante, controlar la situación. Por un momento pensé que, justo cuando él apretara el gatillo, tú morirías. Me di la vuelta. El hombre quedó desconsolado. Ni siquiera me robó.

*El fanatismo es a la superstición lo que el delirio es a la fiebre, lo que la rabia es a la cólera. El que tiene éxtasis, visiones, el que toma los sueños por realidades y sus imaginaciones por profecías es un fanático novicio de grandes esperanzas; podrá pronto llegar a matar por el amor de dios.*

*François-Marie Arouet, (Voltaire)*

*En la otra orilla; así debió llamarse la novela de su vida, pero Ariel debe escribir muchas otras antes de aventurarse con semejante proyecto, debe entrenarse con muchos borradores, relatos y novelas intermedias, de asuntos secundarios o no tanto; en definitiva, el escritor es lo más parecido a un atleta, debe prepararse mucho antes de hacer lo mejor que puede para el... momento.*

*En las dos orillas; pudo llamarse la novela de su vida, pero tampoco resultó porque, aunque no lo podría explicar con total nitidez, siempre sospechó que las dos orillas eran como dos puntas de un mismo lazo, como los dos extremos inmóviles de una cuerda en vibración, como algo condenado a ser tan igual, por ser tan distinto.*

*En la orilla; quizá pudo llamarle a lo que podía ser un conjunto de alrededor de cien folios grapados o pegados con cola, en forma de libro; pero de esa orilla había tantas como emigrantes. Para qué describir más dolor, desarraigo, pesar. Para qué tanta muerte de la que nadie quiere saber.*

Para escribir de la orilla no hay que morirse del todo, solo a medias, pero para que te lean sí. Hay demasiados escritores de orilla vivos.

Ariel definitivamente no estaba interesado ni en un lugar, ni en el de enfrente, sino en el medio, en la no-orilla; desde donde se ven ambas orillas. Eso que no pertenece a nadie y está al alcance de cualquiera. Eso que no es ni sólido, ni líquido, ni gas; ni malo, ni bueno; ni violento o dócil; ni conocido, ni desconocido. Esa es la novela de su vida, un ensayo disfrazado de novela, un viaje hacia ese no-lugar que, a diferencia de las minas del Rey Salomón, no se haya en la tierra, ni en el mar, ni el cielo, ni en la tradición. Un no-lugar que está en las antípodas de la verdad anunciada desde el inicio de los tiempos y que por eso está condenado a la tímida interpretación, a la eterna duda, expuesta a la ignorancia.

Los fascistas lo saben; adoran la tradición y odian la modernidad; aman la tierra firme, delimitada sobre el papel y las escrituras, tatuada en el ADN, rayada en los libros de historia, anegada de sangre, rebotante de héroes y mártires ilustres. Odian el tránsito, el cambio, la indefinición, lo posible. Solo el fanático conoce la verdad; por eso no argumenta, agrade. El hereje es su enemigo. Está escrito. Lo que está entre un lugar y otro no existe. No es un lugar, ni el otro. *Cree*, no lo suplica, lo exige. Lo hace por tu bien, no por el suyo. Ten fe. Confía.

Ariel aún se llama con el nombre que le pusieron al nacer, pero nadie le llama así. ¿Para qué sirven los nombres si luego, por el uso, te lo cambian? El suyo quedó atrás desde el día que salió por el puerto del Mariel hacia los Estados Unidos de América. Quién sabe si en el mismo puerto, durante el trayecto o una vez en Cayo Hueso. Desde entonces nadie más le llamó Ariel, sino Mariel. La marca con hierro candente de esa M en la piel de su nombre fue como una especie de bautismo o renacimiento.

Nunca más alguien le vio como un animal libre, sino como una res de ese ganado que salió a tropel de Cuba en medio de un linchamiento moral y en ocasiones físico. Lo curioso es que funcionó tan bien en La Habana como en Miami. Solo en España perdió sentido, pero él ya estaba demasiado acostumbrado como para intentar borrarlo. De tanto uso, perdió ese significado lacerante que quemaba en su memoria. Dejó de ser un hecho para convertirse en la representación de la virtud, un puerto con la tierra detrás y el mar delante, con el pasado detrás y el futuro delante; un lugar desde donde poder mirar hacia ambos lados, un lugar en mitad de algo, de un viaje, mucho más largo que la distancia que separa La Habana de Miami. Su nombre neutro se feminizó y se enriqueció; se abrió.

Mariel vive con Leisam en el barrio de Lavapiés. Leisam es su cuñada, pero nadie sabe que es su cuñada. Todos piensan que es su mujer porque Leisam es idéntica a su hermana gemela Masiel. Masiel es la dueña de todas las fotos de la casa y del corazón de ambos, pero Masiel se mató y todos la confunden con Leisam. Todos, excepto Mariel. Tienen la misma apariencia espejo que sus nombres. Las hermanas monocigóticas son casi idénticas, pero no sus almas. Solo Masiel sabe por qué lo hizo. Por qué dejó al resto del mundo la eterna pregunta: ¿por qué lo hiciste? Pero Masiel ni siquiera lo susurró en voz alta. Lo hizo y ya no tuvo remedio nada. Leisam se quedó. De cierta manera, nunca fue su cuñada; pero eso, la mayoría de la gente no lo sabe, ni lo sabrá. Eso forma parte de eso que llaman “secretos de familia”.

Mariel y Masiel fueron una buena pareja. Se amaron en lo que pudo ser una acepción excéntrica del amor, hasta que ella empezó a emitir unas débiles señales de desesperación que el propio amor se encargó de encapotar. Después las lucen parpadearon con más fuerza, pero nadie las vio hasta que se apagaron.

Primero estuvieron demasiado ocupado con el cáncer de Chad; después, simplemente con seguir jugando a estar vivos. Masiel cortó la luz lanzándose al vacío una tarde brillante de sol anegado desde un edificio frío de acero y cristal en medio del distrito financiero. Las señales permanecieron en silencio hasta que un día, poco a poco, como fuegos fatuos, fueron destellando.

Masiel fue una lectora desquiciada, loca, enganchada. Comenzaba un libro sin terminar otro. A veces leía varios a la vez, sin olvidar ni un solo detalle de las tramas; nunca de su marido. Después de casarse con Mariel no volvió a leer una novela suya, nunca. Ni las que escribió, ni las que debería escribir. Jamás, a diferencia de Leisam, se arriesgó a que le defraudase. No quiso verse en algún personaje. No quiso imaginarse en la mente de su marido. No quiso imaginarlo en la mente de sus monigotes. No se atrevió. Se conformó con sus enormes manos, su eterna paciencia y su inmenso amor. Le agradeció que acogiera a Leisam en su vida, cuando se recuperó de sus adicciones. Le amó no por una cosa en particular, sino por todo. Mariel era como una nube echa a medida de su mastodóntico amor; una sábana exótica para un colchón exacto. Por eso nadie lo entendió. Ni ha podido responder a esa eterna pregunta: ¿por qué?

Poco a poco, como si estuviese programado, la casa fue delatando sus señales. Un libro enorme cortado en dos trozos para que fuera más práctico llevarlo a todas partes. Una trama zigzagueante de un reparto infinito a los que parecía conocer en persona. Una obsesión desmesurada por la corrección, originalidad y belleza. Un mundo rico y especial cocido de trozos irreconciliables. Una secuencia de movimientos perfecta para cada acción intrascendente. Una combinación precisa de ingredientes para una comida incomedible. Unas prendas a destiempo: calurosas en verano, frías en invierno; todo en extremo.

Poco a poco Masiel fue revelando, a través de esos objetos encontrados, la tormenta de sus obsesiones; la tímida respuesta a la pregunta ¿por qué? Gramo a gramo, fue aliviando la carga y la condena. Masiel se había convertido en otra persona sin molestar, sin avisar; con suficiente lentitud y empeño para que nadie lo advirtiera.

Cuando llegó el aviso Mariel estaba recogiendo el desayuno y Leisam pasando la aspiradora. Masiel tuvo el tiempo justo de llegar a la oficina y saltar. No habló con nadie. No escribió en ningún papel. No se quitó las gafas. Abrió la ventana y saltó como si lo hubiese practicado mil veces, con precisión y pulcritud. Ni siquiera cayó sobre coche, autobús o transeúnte. Cuando su cuerpo se quebró contra el asfalto y lo impregnó de sus restos, ese tramo de la calle estaba vacío, esperándola. Provocó un colapso monumental. Detuvo el tráfico durante las próximas tres horas; lo que marcó un pequeño pico negativo en la bolsa. Su nombre resonó incógnito en la mayoría de las emisoras de Miami FL y entre unas pequeñas líneas en la sección de sucesos del Miami Herald. Después se olvidó. Ni siquiera dejó marca en el pavimento. Solo rompió en mil pedazos la vida de Mariel y Leisam, los seres a los que más quería. Su bolsa no se recuperó jamás y su emisora radial y escrita no para de recordarlo. **¿Por qué?** Fue el gran titular durante el primer año. **¿Por qué?**, durante el segundo. **¿Por qué?** aún cuando ya va respondiendo sigue siendo el mismo titular.

Mariel y Leisam son una buena pareja. No son amigos, no son cuñados, sino más bien una yunta exótica, un trozo de familia bien pegado. Leisam tiene el mismo cuerpo que Masiel, pero no el mismo cerebro. Mariel es el regalo más importante para la alocada Leisam. Lo adora. Es su Dios particular y humano. Leisam es lo más vital que pudo dejarle Masiel. La ama. Es su ángel de la guarda particular y divina. Pero ninguno de los dos matará por ello. Saben que las profecías solo existen en la imaginación y que los sueños, son la línea del horizonte de la realidad.

**trans-**

Tb. **tras-** en algunas voces.

Del lat. *trans-*.

1. pref. Significa 'al otro lado de' o 'a través de'.



## Romance de oficina

La madre de Armando es como Mymra, la protagonista de *Romance de oficina*: una mujer sombría y taciturna divorciada que cría a sus hijos sola. El padre, militar, nunca estaba en casa; siempre había una misión que le requería y él, como buen revolucionario, no tenía elección. Así fueron los primeros años de Armando y su hermano hasta que, sin querer, se enteró que el buen revolucionario, oficial de las fuerzas armadas revolucionarias y héroe de la revolución, tenía otra casa, otros hijos, otra mujer y otra vida.

La mujer se derrumbó en una cama durante casi más de un año en el que los niños se convirtieron, por necesidad y al unísono, en hombres y en madre y padre de su madre. No quería comer, no quería hablar, no quería sonreír. Los pequeños se quedaron huérfanos como si ambos progenitores hubieran perdido la vida en un accidente; pero no, eran unos muertos vivos desentendidos de cualquier responsabilidad paternal-maternal. *Eso es por tu culpa*, fue lo primero que dijo el padre a la madre cuando se enteró que su hijo mayor se había metido en la embajada. *Eso me puede perjudicar... y mucho*, fue lo segundo y después colgó. La mujer, de haberlo sabido, ni hubiera cogido el teléfono. Pero aquel teléfono negro con ese enorme disco solo se limitaba a sonar muy de vez en cuando. No podía ni siquiera imaginar que fuese él.

Ya no llamaba ni para sus cumpleaños. Así que la mujer sombría y taciturna, en lugar de colgar, tiró el teléfono contra la pared y se quedó sin teléfono y también sin el único adorno del salón, un jarrón mediano de porcelana, inútil, que estaba cerca. La compañía no tenía aparatos de repuesto; tampoco había donde comprarlos ni nadie en el extranjero a quien pedírselo, ni dinero para comprarlo. Cuando Armando llegó de la escuela y vio el desastre fue directo a la habitación a ver qué se encontraba. Su madre dormía así que intentó arreglar el teléfono y, de hecho, lo consiguió. Solo se había roto la baquelita que armó como un rompecabezas y la pegó con un poco de baje que le dio un vecino. Después lijó la goma chiclosa hasta limar toda su aspereza. Funcionó. Luego le preparó un café a su madre y se sentó a su lado. La mujer lo bebió, lo abrazó y lloró y se tumbaron juntos en su cama fría y vacía. «Su hermano hubiera hecho lo mismo, sin duda», pensó.

Los dos tuvieron que aprender a cuidar de su madre y a hacer pequeños trabajos para sobrevivir. A su hermano se le daba bien la mecánica y a Armando la electrónica así que entre radios y bicicletas, motos, carros y televisores, sobrevivieron mientras su madre intentaba morir sin conseguirlo del todo. La mujer sombría y taciturna, extinta de entusiasmo y energía, se convirtió en una especie de máquina destartada sin pilas. Su hermano no fue a la universidad. No quiso. Hizo un técnico medio de mecánico y consiguió un trabajo en un taller de taxis. Empezó a fumar, se dejó el bigote y se convirtió en el hombre de la casa. Él traía el dinero y él se ocupaba de todo. Su madre se limitaba a limpiar la casa cuando le parecía sucia y a cocinar cuando tenía hambre.

Armando habría deseado buscarle un marido, pero nunca supo como hacerlo. Las ideas de su amigo Amado tampoco sirvieron de nada. Su vida era una especie de palo chamuscado, una pequeña brizna que no se apagaba porque era demasiado dura. *Palo de monte*, decía Amado y él solo veía una rama seca, mustia y marchita.

El plan de Armando era más ambicioso. Él sí iría a la universidad. Tenía las mejores notas y había pasado el corte. A veces pensaba que esas notas las debía más a la necesidad que a su virtud, pero no lo desaprovecharía. Tenía planes de arreglar la casa, de no abandonarla jamás. No lo soportaría. Primero su padre, luego sería su hermano (que, aunque aún no había salido del país, ya no podría retractarse, ni aunque quisiera). Ahora solo le preocupaba que la decisión de su hermano no le perjudicase a él, que no le perjudicase a los dos.

Era imposible saber si su madre sufría más. Hay un nivel de saturación por encima del cual nada puede afectar más. Es como un tanque de agua cuando se llena, toda el agua de más se perderá. No puede llenarse más y da lo mismo si le cae una gota o diez o mil; todas se perderán. Su madre era un tanque vacío, saturado de vacío del cual ya nada más podía perder. Él creía entender a su hermano; a lo mejor, incluso, pensaba en irse para ayudarles más. A lo mejor no podía soportar vivir así más. El egoísmo no siempre es lo que parece y, en definitiva, solo se vive una vez. Nunca lo hablaron. Su hermano nunca fue un desafecto. Nunca se metió en líos. Nunca protestó por nada. Su hermano era un enigma del que poco o nada sabía. Apenas hablaron, apenas se abrazaron, apenas se confesaron. Se limitaron a, cada uno a su manera, cuidar de su único bien común, su madre.

Nunca supo si tenía novia, si le gustaba la pelota o el boxeo, si sabía bailar, si sabía cantar. Él tampoco. Él tampoco supo si Armando tenía novia, si le gustaba la pelota o el boxeo o ninguno de los dos o si le gustaba Abba o Los Van Van. En casa la única música que se escuchaba, cuando se escuchaba, era la de la radio. Lo primera sintonía que encontraran. No había discos, no había tocadiscos, no había casetes, ni grabadora de casetes. Solo una radio VEF que sintonizaba lo que le daba la gana, cuando le daba la gana y vomitaba la música que al partido comunista le daba la gana.

Su madre oía los interminables discursos de Fidel. Se sentaba al lado de la radio y se quedaba todas las horas que durara, sin interrupción ni para ir a orinar, como si fuese una pipa de opio. Sin asentir, ni disentir, sin moverse. Los largos monólogos salían del pequeño altavoz, entraban por sus tímpanos y se perdían por sus cócleas sin que nadie tuviera claro a qué parte del cerebro llegaban. Los hermanos no, pero no lo hacían por nada en especial, sino porque en la escuela lo repetirían, se los leerían o se los harían leer, lo preguntarían, lo evaluarían. Recitarían un trozo en el matutino, otro trozo en clases o en algún círculo de estudio, que era el eufemismo clásico de reunión de formación ideológica “revolucionaria”. Todos lo escuchaban mecánicamente, sin prestar demasiada atención, sin detenerse, sin saber a qué lugar del cerebro alcanzarían. Era lo más parecido a leer en diagonal. Ningún discurso de Fidel le había devuelto a su padre y a su madre, sino más bien todo lo contrario. Como el Sagrado Corazón de Jesús, Fidel era una mole de piedra verde que les vigilaba desde lo más alto. Por mucho que le implorasen todos los días un presente mejor, Fidel solo señalaba con su dedo al futuro y al enemigo. Por mucho que le jurasen que, gracias a Fidel, Armando iría a la universidad, él no podía evitar pensar que también, gracias a Fidel podría quedarse fuera. Fidel era el Dios de la revolución y sus discursos, el dogma. Armando podía soportarlo, Amado también, incluso Leda y Migdalia parecían disfrutarlo, pero él no tenía claro si su hermano no. Si fue eso lo que le convirtió en desafecto. Él no tenía su fe, ni la de su hermano.

## El anuncio de la peor noticia

Hace ya más casi un año, María, me llamaste para anunciarme la peor noticia del mundo. Fue un aviso. Siempre tuviste mucho cuidado, siempre te preocupó, no dañar a nadie, ni mentir, incluso aunque te fueras a morir.

–Siéntate –me ordenaste.

–¿Por qué?

–Porque te voy a dar una muy mala noticia –y yo empecé a llorar por dentro, sin que se notara; y se me olvidaron todas las palabras; y tuve una fuerte sensación de debilidad, de desplome, de hundimiento. La noticia ya estaba dicha.

–Me voy a morir. Me quedan seis meses de vida... más o menos.

Eso fue, más o menos, la parte más relevante de la conversación. Después hubo frase aisladas como: *Si, no se puede hacer nada, ¿Están seguros?*, etc. Dicen que lo único que no tiene remedio es morirse y aquel anuncio me llegó sin remedio. Llegó como una púa larga ramificada de pinchos. Se metió dentro de mí. Me sacudió hasta hacerme sentir náuseas. Me apretó los pulmones hasta quedarme sin aire. Me destrozó hasta el desamparo. Me retumbó en la cabeza hasta hoy. Lloramos; como no podíamos hablar, lloramos, y tú insististe que estabas mejor, incluso que estabas bien y no podía ser verdad porque nadie puede estar bien cuando sabe que no sobrevivirá ni siquiera a un año, pero lo dijiste: *Hay que asumirlo, estoy bien.*

Me sentí miserable, egoísta, idiota, y quizá se notara en el llanto silencioso porque la gente no paraba de mirarme y yo me comportaba como si no hubiera nadie. No era una mala noticia, era la peor noticia. *Ese médico nos dijo que podría ser en unas semanas o unos pocos meses, más o menos. ¿Qué te parece?, ¿como si fuera Dios! ¿Cómo se debe llamar a todo eso que queda entre medias, porque vida no es? ¿Qué se supone que deba hacer mientras pueda hacer algo? ¿Cómo se supone que debo vivir lo que me queda? ¿Oye, podría hacer lo que fuera que me falta por hacer, no? Incluso podría hacer algo malo, muy malo, porque... Podía decirte: No es justo, para ya, y de hecho lo dije, aunque no te detuve, aunque no me oyeras. A ti nada podía detenerte.*

La justicia es una virtud abstracta que se mueve entre el egoísmo y la falta de amor propio. Sentí que debía agarrarte y no soltarte, pero no podía, ni debía. Eso no era lo que tú querías, ni deseabas a nadie. Tú solo querías permanecer el mayor tiempo posible, hacer todo lo que pospusiste por una razón u otra, y dejar huella. Temías irte del todo, de la vida y de las almas.

Ese día, cuando encendí el televisor para no pensar en lo único que podía pensar, pude ver una imagen de los miembros de la cofradía del Prendimiento, más patética que poética. Lloraban sin consuelo porque, a causa de la lluvia, no podían salir. La hermana mayor, hacía “oficial el anuncio de la peor noticia posible” para la familia cofrade. Me insultó. Me enrabetó. Me cabreó. Viéndolos llorar sentí que la justicia era violada, que el egocentrismo consumía en aquel acto la más ínfima solidaridad, que debajo de esos capirotos se agitaba un fanatismo en forma de humillación y desprecio. Su “peor noticia” era una mierda de noticia que solo le importaba a esos miserables disfrazados, reconvertidos en los más fieles una semana al año. Sentí tanto asco que me olvidé de ti, María. Tenía un motivo para descargar mi rabia.

La rabia no tiene forma. Se despliega como una especie de energía negativa hacia algo con el único fin de la destrucción. Entre aquellas imágenes de inútil conmiseración, de abrazos falsos y empatía simbólica, en primer plano, destacaba un capirote azul marino sobre un mueble. Tenía el pico doblado, tanto, que parecía la imagen de un fantasma, de un traje hecho a medida para ocultar el vacío. Detrás de los orificios no habría ojos ese día, pero es imposible no imaginar que algo puede estar mirando, vigilando. Aquel fantasma era como ese fantasma de Telegram que sustituye los muertos.

Sentí vergüenza ajena y propia, mucha vergüenza; por no saber cómo estirar el brazo y agarrarte con fuerza, aunque tú no te dejaras, aunque tú no quisieras. Sobre la mesa de centro el cenicero de jade verde que compré en la Capadocia esperaba con paciencia que volviera a fumar. Lo agarré y lo tiré contra la estúpida pantalla. Me deshice de ambas cosas a la vez y también de las ganas de fumar, definitivamente.

El intervalo entre esa llamada fatídica y mi huida a Miami fue, con exactitud, de cuatro meses y diez días. Los médicos fueron demasiado optimistas. No fue más o menos, fue solo menos. Tu marido, Miguel, tuvo que dejarlo todo y convertirse en tu sombra. Tuvo que aprender a interpretar el movimiento de tus ojos. Tuvo que suministrarte la morfina cuando el dolor se hizo insoportable. Tuvo que recordarte que ya habías desayunado, comido o cenado. Tuvo que llevarte en silla de ruedas. Tuvo que demostrarte que era él y no un desconocido quien vivía contigo. Tu insististe que alguien te había pintado. Era un cuadro enorme. No tenías cara. Tuvo que convencerte que no había tal cuadro, ni tal modelo, ni tal artista.

*Cuando las ideas se convierten en un cuerpo de doctrina cerrado que se define como algo, se convierten en ideologías, en un armazón sobre el que se sustenta la imagen que el sujeto quiere tener de sí mismo. Y entonces dejan de ser ideas. Porque si las ideas sirven para pensar, las ideologías sirven para disimular la ausencia de ideas, para acorazarse contra ellas. Las ideologías prestan a quienes carecen de ideas el mismo servicio que las pelucas a los calvos.*

*Ricardo Moreno Castillo*

María ha pedido ayuda a su amigo Mariel. Necesita escribir sus memorias, pero no tiene tiempo, ni memoria. Eso le explica y cinco minutos después se disculpa; necesita descansar. Mariel sabe que la jaula de su enfermedad no permitiría escapar ni siquiera a diez ideas memorables de su vida. No obstante, se prometió intentarlo. Al día siguiente seleccionó el instante más oportuno para llamarle. Miguel contestó con voz cansada, harta, resignada. Después de unos breves minutos poniéndole al día de la pérdida de alguna capacidad básica, se interrumpió él mismo, a sí mismo: –Has tenido suerte. Cielo, es Mariel... Espera que se pone.

–Hoola –dijo con ese estilo particular de alargar la o.

–¿Qué tal estás?

–Bien, cada vez tengo más sueño; deben ser las pastillas.

–He estado pensando en lo que hablamos ayer.

–¿Ayer?



–Si.

–Ahhhh, si. Te dije que iba a probar con María –después se rio de su propio chiste como una adolescente traviesa y comprendí que nuestra conversación se había perdido por algún lugar de su hipocampo–. Ya sabes que soy un poco... ¿cómo se dice?... Se me ha olvidado la palabra. Jo.

El resto de la breve conversación que sostuvimos fue un diálogo de besugos inconexo e intermitente hasta que se despidió como si lo hiciera de su marido.

–Adiós Miguel. Espera que me acordé... Soy un poco irracional, ya me conoces. Besitos.

Casi termina la frase con la palabra “irracional”; el culto a la acción por la acción. Mariel conoce bien a María; desde que puso un pie en Madrid hace ya casi un cuarto de siglo. Tiene razón. Para ella las acciones son bellas en sí mismas; por eso no reflexiona, se lanza, actúa, aunque eso no signifique que no piense o que no le importen las consecuencias.

Cuando le habló de su *affaire*, a Mariel le extrañó a medias. Miguel es un tipo adorable, pero eso poco o nada tenía que ver con las aventuras y desventuras de María. Supuso que él la quiere así, la cuida así, la recordará así, porque María tiene pocos misterios o ninguno.

–No es la primera vez –puntualizó y a continuación dijo que le gustaba ser compartida; que, si lo había dejado de hacer, era porque a Miguel no le gustaba pero, añadió: –Esto es diferente.

No explicó por qué, ni Mariel se lo preguntó, aunque intuyó que se trataba de algo especial, extraordinario, algo de lo que Miguel estaría a salvo.

Algunos temen lo “normal”, lo mismo que otros temen lo “excepcional”, pero desde extremos opuestos, desde superioridades morales diferentes. Detrás de lo “normal” suele esconderse un conjunto de dogmas, doctrinas y postulados incuestionables que alguien colocó allí para no ser cuestionados.

Pensar, en esa “normalidad” es una forma de castración. Detrás de lo “excepcional” suele mostrarse el cuestionamiento constante, la crítica, la incredulidad. Pensar, en esa “excepcionalidad” es una forma de empuje. En el mundo real lo “normal” y lo “excepcional” no están repartidos de igual manera por lo que, la irreflexión, la acción por la acción, la estupidez, se reproducen como conejos. Leisam dice que es como una alcantarilla mal sellada de la que empieza a brotar un ridículo hilo de aguas negras y termina inundando y apestando todo porque, en un momento dado, ya ni siquiera la mayoría recuerda dónde está la tapa o cómo hacer para devolver la mierda adonde nunca debería salir; a veces cuesta millones de vidas. En esta charca inmunda, lo “excepcional” son solo restos que flotan contra corriente. María no es exactamente irracional, sino más bien excepcional; cerca de los límites es difícil marcar la diferencia.

María tiene algo de Masiel y de Leisam que Mariel no pasa por alto. Los seres de color alegran el gris monótono de la cotidianidad. No son como un broche en un vestido, ni como una bufanda de color que adorna un traje negro, no. Son algo distinto a la oscuridad, a la ausencia, a la “normalidad”. Son seres en tránsito; como una nube de mariposas que cuando impacta contra un proyectil lo tiñen de color; a partir de entonces, solo puede ser una obra de arte letal. A María le alcanzó el proyectil de la adversidad; un enorme y tosco proyectil ruso, con manual de instrucciones del desastre en cirílico; un meteorito acelerado que, pudiendo caer en cualquier lugar, apuntó a su cabeza.

Mariel la conoce, cree que la conoce. Sabe que la magnitud de las heridas que provocará en Miguel será más parecida que diferente a la que produjo el proyectil que impactó contra el asfalto en el Downtown en su alma y en la de Leisam. El dolor genérico tiene el mismo regusto, pero cada uno tiene su esencia; una forma particular de ventilar las heridas.

Miguel no se preguntará ¿por qué?, porque lo sabe. Quizá se pregunte ¿por qué a María?, pero sabe que para ese tipo de preguntas los descreídos no tienen respuesta. Saben que el azar lo mismo da, que quita. Las alcantarillas del dolor no están señalizadas, ni cubiertas. Por mucho cuidado que tengas es difícil, a veces imposible, evitarlas. Debajo de cada agujero hay una mina dispuesta a destrozarlo todo; no solo a su víctima, sino a todos los que le miran desde arriba. Los temerarios se asoman, meten la cabeza, corren. Los cobardes van de puntillas, miden la escasa radiación a cada paso, se detienen. La adrenalina sube, lo mismo para el temerario que para el cobarde; el riesgo y el peligro producen el mismo efecto químico, aunque no el mismo placer. El temerario goza ante el peligro. El cobarde sufre ante el riesgo.

Mariel sabe que su infancia fue “complicada”. Su padre les amenazó continuamente en abandonarlas hasta que lo hizo. Su madre le dio seis hermanas. Un accidente se las quitó. Solo ella sobrevivió al impacto. Tenía diez años. Un tío lejano la adoptó y la violó sin contemplaciones. Protección social se hizo cargo de desprotegerla. Creció como un conejo en medio de una sabana africana. Con apenas trece años se escapó a vivir con otro inadaptado y tuvo su primer legrado; casi pierde la vida. Se emborrachó, drogó y folló, solo por emborracharse, drogarse y follar. Cuando sobrevivió a la mayoría de edad se largó a San Diego, California, con un camello checo. A punto estuvieron de lincharla por equivocarse unos gramos de coca con un producto de cocina. Gracias al autodidacta químico de su novio conocía el eros (la cocaína rosa), el pervitín, el braun y otros tantos sucedáneos. A punto estuvo de matar a un hombre que la violó. No lo hizo, solo le reventó los huevos de un disparo, esnifó el hilo del humo, no le gustó, y determinó que debía cambiar su vida. Así de simple. Tenía dinero, para recuperarse de sus excesos. Tenía libertad, para cambiar el mundo. Tenía independencia, para fundar una república. Tenía opciones y apostó por la vida.

Regresó a Madrid y montó una guardería bilingüe. Fue simple. Muchos profesionales esperaban contrato. Ella solo movió los hilos y puso la pasta. Todo lo demás llegó solo; incluso la reforma integral de la república de su vida.

Miguel parecía un padre, pero era un tío. Llevaba y recogía a su sobrina casi con la misma diligencia que sus padres. Conectaron enseguida. María era tan dura como sofisticada y Miguel tan tierno como abierto. Después de un curso se casaron y mudaron juntos. Nunca pudo tener hijos. Quizá fue secuela de su azarosa vida. Pero los hijos no son imprescindibles; *son solo un mecanismo de propagación de la especie*, así lo justificó Miguel. *No te podré dar hijos, pero compartiré contigo todo mi dinero, libertad e independencia*, así le correspondió María.

No había vuelta que darle. Mariel abrió un nuevo proyecto Scrivener; todas las páginas en blanco, por llenar. Lo tituló: *Palabras prestadas*, y se quedó pensando qué debía escribir y se quedó dormido, soñando... hasta que Leisam lo despertó para llevarlo a la cama.